

ESTAMPAS DE ESPAÑA

TIERRA DE SANTOS Y CABALLEROS

Por
Gardar Garrido
Merino



UN ASPECTO DE LA PLAZA DEL ALCAZAR EN AVILA



AVILA es una ciudad santa una ciudad mística que hiede a un cénico y cénico. Su ciudad y señoría, son los elevados domos del espíritu humano que florecen en su recinto amurallado; arca venerable para las huestes de Teresa de Jesús.

En la vieja población de Casilda ofrece al forastero suaves y dulces impresiones. En silenciosa dormida recoleta, dentro de sus perfiles medievales que riman armoniosamente con la dramática de su paisaje. Sus piedras, doradas por el sol de otoño, tienen esa reverberación postrera, elandante, de los hornos que se calientan en cenizas. Dejo de vida muerta; diáspora de sonos, luces y colores, cerridos en los arcos del tiempo; quietud de estanque, de agua tersa y arremansada.

La patria de Teresa y de Alfonso de Madrigal es una villa arcada, circundada de bastiones gloriosos. Viviendas grises, que se aglomeran a la sombra de los campanarios casacas centenarias de bajas ventanas y torcidas rejías; casas con nobiliarios escudos en el pórtico; vetustos caserones de piedra sillera; fábricas conventuales de elegos miraderos; tapiales roñosos y muros desportillados. Aquí un torcón derruido, al el huerto murado de una cofradía; todo polvoriento, hermético y silencioso.

Las calles se retuercen serpenteando, suben y bajan, se doblan y desdoblán en recodos que deparan de vez en cuando la sorpresa de una pequeña plaza o de una fuente. En las piedras desiguales y húmedas — ella de tenue florina — las pisadas cobran un chasquido tónico casi un festivo repiqueteo de cristales.

Sobre las techumbres, emergen numerosos templos: la Catedral, con su torre almenada de ojivales ventanas; San Pedro, con sus bizantinas torres; Santo Tomás, donde reuniese el Tribunal de la Inquisición; la basílica de San Juan, y luego San Andrés, amén de capillas y ermitas, que son otros refectorios.

La característica de este típico pueblo tan hidalgo y cristiano como Toledo o Burgos, es el cinturón de murallas que la circunda, y que desde hace ocho siglos la resguarda y ciñe con sus torrescenas enhiestas.

Avila es un símbolo de la cruz y la espada. Además de ser un pueblo esencialmente piadoso, pues en él nacieron Santos, Beatos y Venerables, es una plaza fuerte de admirable arquitectura militar. En torno de esas murallas inabastibles, construidas con vestigios romanos, árabes o góticos, se esparce una legendaria tradición heroica que habla de las bordas de la media luna y de las huestes con que Alfonso VI o el conde de Borgoña defendían la cruz.

Viene a la memoria la figura incomparable de Ximena Blázquez, que a principios del siglo XII dirigió des de estas murallas la defensa de la ciudad, sitiada por la morisca.

De Ximena a Teresa, de la heroína a la santa fundadora, ran varios siglos en los que la mujer avileña florece en magníficos ejemplares de virtud. Cornelia y Juana de Arco parecen ser sombras tutelares de esas matronas, que supieron salir al arranque viril a la beatitud, en gestas ya queridas o en obediencias espirituales.

Sarracenos fanáticos y caballeros hidalgos se disputaron Avila en continuas conquistas y continuos rescates. Siete veces mora y siete veces cristiana, la población abulense oculta aún bajo su hábito monástico la bien temida noja de una espada.

He recorrido sus calles, impregnándome del ambiente feudal que emana de sus antiguas construcciones. El palacio del conde de Oñate, con sus perfiles de fortaleza de la Edad Media, y el que perteneciera al conde de Polentinos, de churrigueresca fachada, seducen por su aspecto señorial y misterio. Retaleo el contorno de sus erterias: del Tostado, de los Caballeros, de los Tallistas, del Duque de Alba, de San Esteban, del Gralizo, de San

Juan de la Cruz. Respira el aire ingenuo, provincial, de la Plaza del Recreo y de la arboleda de San Antonio.

Fuera de las murallas, hay camposivos agresivos, fuentes donde van las mozas a llenar sus cántaros, viejos conventos entre cipreses; humillaciones de uedra.

Llego hasta el histórico lugar denominado "Los cuatro postes". Son cuatro columnas formando un cuadrilátero, en cuyo centro se yergue una cruz. En este paraje fue detenido Santa Teresa a los siete años de edad, cuando huía con su hermano Rodrigo a tierra de moros en busca de martirio. Allí les sorprendió su tío paterno don Francisco Álvarez de Cepeda, restituyéndolos a su hogar.

Un grabado antiguo al acero, representa la escena y en ella vemos al hidalgo, caballero en blanco corcel y luciendo el chapero, la gofilla encarrujada y la tizona de la época.

En estos aldeaños de la ciudad murada, alguien nos señala el sitio en que un caballero avileño fue herido de muerte. Volvia de ronda al convento, donde cierta novicia reía quebrantada su voluntad de amar por mandato paterno. El caballero, claro está, iba a caballo, y sólo su caballo duró a la puerta de la muralla que abre cerca del Puente Viejo.

Vienen a mis mentes los versos de Lope de Vega, en una de sus admirables comedias:

"Que de noche le mataron
al caballero
la gala de Medina,
la flor de Omedo".

Repitiendo la estrofa, retorno a la población, entrando por una de sus viejas puertas.

Encamino mis pasos hacia una plaza. Es la gran plaza del Mercado, tranquila y espaciosa, con soportales a su izquierda. Allí se encuentra sobre pedestal de piedra, la estatua en bronce de Santa Teresa de Jesús, la inmortal poetisa sagrada. Al fondo de esta plaza, la vetusta iglesia de San Pedro ostenta su jaspado frontón de arte vizantino.

Traspongo luego la Puerta del Alcazar — la más interesante de la fortaleza — y echo a andar con los ojos ávidos de curiosidad.

La muralla sur yergue su granito, salpicado de brechas que el tiempo abrió a guisa de ventanas, desde las que se admiran el valle, que Ujerecean las aguas del río Adaja, y las verdinegras montañas que a la villa circundan. Desde el Puente Viejo, asentado en arcada de rectos arcos, se domina un paisaje gris, castellanoamente trágico y digno del pincel de Zuloaga: el puente, las oscuras

murallas almenadas; a los pies, el cauce ruidoso del río, y sobre nuestra cabeza, un cielo grisáceo, encapotado, que prende sus nubes en el hito feilaje de los pinos.

Avila se levanta en la meseta de una colina y su castro se alza del valle como si la Naturaleza, condecoradora de su espíritu acendradamente místico, quisiera poner más próximas al cielo las torres de sus muchas torres. Sigo la ruta ondulante de la muralla que se afianza sobre los cocones taludes de la sierra. Plazas quedas por casi un centenar de torrescenas circulares y almenadas ábranse en ella nueve puertas y muchas más poderosas.

Las puertas de San Vicente y del Alcazar son sus puertas militares, templos de los antiguos estrategos huleses. La del Carmen y la del Mariscal son de donar estilo como también las almenas del Pozo de la Harina y del Rastro.

Mi paseo fue intenso en emoción pues al escalar las murallas por musgosos peldaños de piedra, me fué dade contemplar la ciudad toda a mi derecha y el valle a la izquierda. Aquí las casas cales y templadas; allá el valle, pámparo y montañas.

Una vez hubo vuelto a la población por la puerta de San Vicente, encamine mis pasos hacia la Catedral cuyo ábside está empotrado a la guerrera muralla, quizá con estratégicas pretensiones.

La Catedral abulense es de una belleza incomparable. Su fábrica es de una gran sobriedad de estilo y con más aspecto de fortaleza que de templo. Hay en ella una severidad austera, una pureza arquitectónica, una simplicidad en los detalles que la hacen única entre las muchas ca-

tedrales españolas. El pórtico de poniente, de talladas lambas, destaca en frontis exornado por varios bajos relieves bñlicos; la torre, estrecha festoneada con gruesas bolas en aristas; la puerta del norte más vacuosa, presenta esculturas de santos y escenas como la Resurrección de la Carne y la Adoración de los Reyes en su esculpida archedvolla. Sus re-

torrescenas poderosas, que incendian de

bor la Capilla mayor; su majestuoso

trascoro, tallado en granito; su re-

tablo esculpido, los altares de Santa

Catalina y San Segundo; el coro de

estilo Renacimiento, los púlpitos de

hierro forjado y las doradas verjas;

sus sepulcros y estatuas yacentes,

conmueven el ánima. Lo que persiste

en la memoria es la

estatua del Obispo

de Avila, Alfonso de

Madrigal, el Tosta-

do, obra de Berru-

ete. Esta insupe-

rabable concepción ar-

quitectónica que cubre las

vidas del fecundo

critor aun se dice,

ulano escribe ma-

te el Tostado le

presenta en actitud

te escribir, y hay

anta vida en la

obra que reconci-

liándose con el arte

monumental, sube

casal de perdonar

nos muchos pecados

en mármol de las

lunas ciudadanas.

Santo Tomás es

un convento históri-

co, fundado por los

Reyes Católicos. Fué

palacio real y Uni-

versidad. Es del má-

gnaro gótico del siglo

XIII y se reúnen en

el profusión de mé-

ritos arquitectónicos

y decorativos.

Recordaré el re-

tablo del altar mayor,

el confesionario en

que Santa Teresa

bucó los consejos

del Padre Bñes; el

coro, afiligranado,

primero que al an-

traje, obra de un

tallista judío, según

leyenda; y el sepul-

cro del Infante Don

Juan, hijo de los

Reyes Católicos, sor-

prendente por su

basamento rodeado de ángeles, san-

tos y figuras simbólicas.

El padre dominico que guó mo-

nos, llevome después a los clau-

stros y al Patio del Silencio. Bajo la

voz de un sol mequino y en medio

de un emocionado recogimiento, se

corri los húmedos pasillos, a través

de cuyas ojivales arcadas viámbra-

se anchuroso patio, de losa ennegrecida y lucientes.

Una campana distante trae el eco de su tañer, y allá a lo lejos, quizá en la capilla, apagado por la lejanía, escuchábase el acento de un órgano.

¡Qué encanto en la hora y en el sitio! ¡Qué extraño misterio fluye de esos memorables claustros! Mi alma sentía una opresión, un algo de congoja mística, como si en ella pesasen de pronto todos los recuerdos de la vida. ¿Es la franja de sol enfermizo que baña este patio dormido, acentuando la sombra azul de las arcadas; es el silencio, espeso, arremansado; es la lucecilla roja de una lámpara que vimos arder en un pasadizo oscuro; son los rostros ascelicos de los santos y eremitas que columbramos, al pasar, en los arcaicos lienzos murales, o acaso la esencia de esta quietud, el rumor de este silencio?

Pero el ensueño fugaz queda roto ante el realismo de la historia. Ella nos dice, por boca del dominico que nos acompaña, la tragedia de estos claustros, el dolor que acrió en las celdas de este convento que durante el reinado de Felipe II fué escenario de la Inquisición.

Cuando abandoné Santo Tomás emperaba a florizar de nuevo. Tras unos tapiales, follaje de naranjos y limoneros impregnaba el ambiente de un perfume de novia. Algunas farolas encendíase en az acilante y varias tiendas esparcían por sus escaparates un reguero de luz que se quebraba en el arroyo.

Muy a prisa, ya en la hora vespertina, visité la basílica de San Vicente, situada extramuros de la ciudad, pudiendo admirar su original estilo, afortunada transición del románico al ojival, y también la capilla de la Asunción que el vulgo llama de Moén Rato! no sin olvidar tampoco la antigua ermita de San Segundo de Adaja. Ya avanzado el crepúsculo, y un tanto fatigada la mente por tan repetidas escarceos, busqué el convento de Carmelitas descalzas de Santa Teresa de Jesús.

Ascendiendo la calle que conduce al templo, tuve así en la lengua los torturados versos de la mística patrona de Avila, versos de pasión que se me antojan lágrimas de sangre caídas de un cilicio sobre una inasculada toca monjil:

En las internas entrañas
sentí un golpe repentino:
el blasón era divino,
porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
y aunque la herida es mortal,
y es un dolor sin igual,
es muerte que causa vida.

El convento de los Carmelitas es sencillo, y está situado donde antes levantábase la casa en que nació Teresa de Jesús.

La iglesia, formada por una nave, tiene bellos altares; muchas mujeres oraban, inclinadas en el resplando de grandes escabios; un sacristán apagaba los cirios de una capilla, y de vez en vez un toquecillo cobraba eco en la sonora oquedad del templo.

Me detuve con ademán ferviente, ante el retablo del altar mayor. Una pintura espontánea, sin grandes méritos y de aspecto verídico, la divina doctora, la teumaturga, la santa de los bellos escritos apareó en los instantes de la celeste visión, que tuviera en la iglesia de Santa Tomás. Su rostro, pálido y macerado por meditaciones y noches de cilicio, se alza en arrobadora actitud de éxtasis. En el obscuro fondo del retablo, la Virgen y San José se aproximan a la luminada para cubrir sus hombros con alta capa, bordada de estrellas, y aderezar su garganta con un collar de argentados resplandores; perlas arrancadas de la aureola de Dios.

Junto al altar de la Virgen del Carmen, se abre una puerta que trasponemos y damos con una capilla, adonde acuden en peregrinación los devotos de la Santa. Esta capilla fué su alobo y conocí mis últimas meditaciones y sus celestiales ensueños. En un gabinete próximo se venera María Telmiana, un índice de la mano derecha, vestigio de un dedo martillado que fué sobre la pluma, madre de sus delirios; algunas cartas amarillentas, de una prolífica redacción mística, cartas a la superiora del convento de Sevilla; un escrito enviado a Felipe II y algunas libretas familiares a su hermano D. Lorenzo de Cepeda, forman un conjunto heterogéneo y variado, pues no faltan rosarios testigos de su devoción, ni bíblicos brevarios, ni tampoco el gran capado, de forma pastoral que acompañó las andanzas de una peregrinación exaltada: Avila venera la memoria de la poetisa. En la iglesia de San Juan se conserva la cila en que fué bautizada; en el Ayuntamiento se le trató auténtico pontado por fray Juan de la Misericordia, cuando la Santa tenía 61 años; en el convento de San José, la tierra donde aplacaba su sed, y un libro de oraciones; en el convento de la Encarnación el relicario, con celosia roja y amplios alillos tralleros donde conver-

la Santa con San Pedro de Alcántara el ásceta y con San Pedro de Borja su ayo, quien fué bajo el sayal su señorío de Claudio y también allí hubo colóquio espiritual entre la autora de las "Moradas" y el poeta San Juan de la Cruz. El de los versos clares, "Vérbos de agua encendida en fuego de barro" y la de los versos de fuego, estremecidos en flamas de pasión.

Salgo de Avila, sabiendo aque-

lo de...

"Ovo sin vivir en él

y tan alta vida estubo

que muero porque no muero"

Expresión de exaltada seguridad

Es ya de noche. Al salir de las mu-

rallas, veo el sitio donde acudieron

al caballero de la leyenda

Y los versos de la comedia clásica,

vuelven a los labios:

"Buenas le avisaron

que no saliese,

le aconsejaron

que no se fuese,

al caballero

la gala de Medina,

la flor de Omedo"

En Avila, es Castilla toda; es el

allano de este rico suelo de san-

tos y caballeros. Poeta de ficción

y de leyenda; Avila del espíritu en-

tre Teresa y Lope